

Los Muertos, ¿Dónde Están?

Traducido por Cástulo Martínez (CHILE)
de la edición en inglés que fue publicada en 1929.

Publicado por:
NEW COVENANT FELLOWSHIP
ABN 21 004 108 589
Australia

www.newcovenantfellowship.org.au
info@newcovenantfellowship.org.au

CONTENIDO

1. ¿Cuándo Termina Esta Vida?

Poema – La Alegría Volverá Para Siempre

2. Muerte y Resurrección

Poema -- En la Mañana de la Resurrección

3. Venga tu Reino

Poema -- Hermosa Luz

4. Consolará a Todos los que Sufren

Poema -- Y Enjugará Dios Toda Lágrima

Los Muertos, ¿Dónde Están?

1

¿Cuándo Termina Esta Vida?

Preguntas de toda clase se hunden en la insignificancia al lado de una que indaga sobre cuál es la situación al momento después de morir. Qué será cuando termina esta vida es un asunto del más profundo interés para todo el que tenga uso de razón, y ciertamente esa pregunta ha surgido en cada persona que puede reflexionar sobre las posibilidades que hay más allá de un momento o dos. Los filósofos han lidiado con la pregunta y han formulado teorías sobre ella. Charlatanes de todo tipo han ganado fácilmente un dineral dando “respuestas” a personas crédulas que buscan información; se pretende que muchas de estas supuestas “respuestas” provienen de personas que se sabe que han muerto recientemente o en tiempos más remotos, pero que se afirma que están vivas que pueden “comunicarse” por medio de seres humanos de apropiada sensibilidad. Ministros de la religión cristiana también han tratado de responder la pregunta, peor, por lo general, sus respuestas han estado tan coloreadas por las especulaciones filosóficas del paganismo que en vez de poner a los charlatanes ya mencionados al descubierto desafortunadamente los apoyan.

La respuesta bíblica a esta importante pregunta ha sido lamentablemente descuidada por muchos de aquellos cuya profesa ocupación es enseñar a la gente lo que dice la Biblia. Esta negligencia es de los más penosa porque la respuesta bíblica es la única que puede corregir los malentendidos en tantas mentes, satisfacer los anhelos de todo corazón ansioso de la verdad, y desenmascarar las colosales pretensiones de los charlatanes que viven a costa de la billetera de aquellos seres emocionales que están convencidos por sus anhelados deseos —el deseo es el padre del pensamiento— en ausencia de una demostración incuestionable (para una exposición de los errores del espiritualismo, véase “Do the dead Communicate [¿Se comunican los muertos?]”)

En la respuesta bíblica a la pregunta, “¿qué será cuando termina esta vida?”, hay sencillez y franqueza que demanda respeto y una inspirada confianza en la respuesta dada. Hay también una firme adherencia a esos hechos que pueden conocerse aparte de la Biblia, lo cual debería formar una recomendación de peso de la Biblia para aquellos que hasta ahora no han pensado mucho en eso. Por otra parte, al tratar con la situación revelada en su respuesta a la pregunta, la Biblia muestra una incontrovertible lógica que hace un llamamiento a todo aquel que aprecia la coherencia.

Testimonio de Nuestros Sentidos

Antes de buscar la respuesta de la Biblia a nuestra pregunta, será útil recordar brevemente los hechos principales observables en aquellos que se hallan en presencia de un difunto justo. ¿Cuál es la diferencia entre el estado de un justo antes de fallecer y su

estado después de morir? Los sentidos de la vista, el tacto y el oído perciben la evidencia. ¿Qué nos dicen? La vida nos dice que ya no hay más actividad relacionada con la vida, por débil que sea. Ya no hay más aspiración y exhalación que siempre deben estar manifiestas cuando la persona respira. Habiendo cesado la circulación de la sangre, aparece una cierta palidez que permanece. El tacto nos dice que no hay pulso, y dentro de poco nos informa de una frigidez que se ha apoderado del cadáver. El oído nos asegura que no hay absolutamente ningún movimiento dentro del tronco del difunto, como debería haber si los órganos interiores estuvieran funcionando. Así que estos tres sentidos concuerdan en que la vida ha cesado y que se ha producido la muerte. Hasta donde estos sentidos pueden informarnos, la persona fallecida dejó de existir. Si se afirma que algo ha salido del cuerpo muerto y sigue viviendo después de que la persona está evidentemente muerta, los sentidos de la vista, el tacto y el oído no pueden confirmar semejante afirmación; ellos sólo pueden decir que ni vimos, ni oímos ni sentimos nada que saliera.

¿Pueden las Escrituras confirmar el testimonio de la vista, el tacto y el oído? Si así fuera, ¿hasta qué punto? ¿Y pueden las Escrituras darnos información adicional de una clase que no proviene del examen efectuado por medio de los tres sentidos? A estas preguntas respondemos: Las Escrituras confirman este testimonio de los sentidos y da información adicional que los sentidos no pueden suministrar.

Testimonio del Salmista

La frase “teología de himnarios” se usa algunas veces para mofarse de los sentimientos expresados en los himnos. No puede negarse que algunos de esos sentimientos están lejos de elevar gloria a Dios y edificación a sus santos. La razón de esto es porque los escritores de himnos no siempre son cuidadosos de ceñirse estrechamente a la enseñanza de la Escritura. Al expresar sus propios pensamientos, , los autores de himnos no podían evitar desviarse en algunos puntos, y se dice esto sin menosprecio de muchos hermosos y muy consoladores himnos por los cuales reconocemos estar en deuda con talentosos santos de todas las épocas.

Pero hay un libro de himnos con casi tres mil años de antigüedad, que habla con la autoridad de la divina inspiración; a saber, el Libro de los Salmos. Lo que se halla en los salmos es verdadera teología, y se ha de aceptar como tal. Si dicen algo relacionado con nuestra pregunta, su declaración será el ultimátum que debería satisfacer cualquier requerimiento de aquellos que creen en Dios. Ahora bien, es un hecho que algunas declaraciones claras y explícitas ocurren en los Salmos; una lectura cuidadosa de las cuales no deja cabida para la duda. Por ejemplo:

“En la muerte no hay memoria de ti, ¿quién te alabará en el Seol [sepulcro]? (Sal. 6:5).

Si la capacidad para recordar se pierde, es poco lo que queda. El poder del pensamiento conectado se va con la memoria, y sólo queda la mente en blanco. No sólo Dios es olvidado en la muerte por aquellos que en vida invocaban su Nombre, sino que no hay poder alguno por el cual los muertos puedan alabarlo. El salmista, estando en una penosa enfermedad, usa esta referencia como un argumento ante el Todopoderoso: ¡Sálvame!, porque si yo muero no podré recordarte o alabarte. Con un argumento similar, el salmista invoca de nuevo a Dios:

“¿Qué provecho hay en mi muerte cuando yo descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará tu verdad? (Sal. 30:9).

Y también:

“¿Harás maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será proclamada en el sepulcro tu misericordia, o tu verdad en el Abadón [sepulcro]? ¿Serán conocidas en las tinieblas tus maravillas? Y tu justicia en la tierra del olvido?”(Sal. 88:10-12).

Contrasta con este testimonio del salmista lo siguiente de un bien conocido himno de Isaac Watts:

“¿Por qué deberíamos empezar, y temer morir?
¡Qué asustadizos gusanos somos los mortales!
La muerte es la puerta al gozo sin fin;
Sin embargo, nos aterroriza entrar por ella”.

Éste es sólo un ejemplo de muchos himnos que afirman que la muerte es la puerta que conduce a la felicidad, mientras que las Escrituras dicen que la muerte es la entrada al sepulcro; un estado de destrucción, tinieblas y olvido. Otros himnos modernos afirman que los muertos pueden alabar al Señor mejor que cuando estaban vivos. El desacuerdo es tan serio que está muy claro que no podemos creer en ninguna de las dos afirmaciones. No podemos creer que una persona muerta pueda alabar o no al Señor; que una persona muerta pueda tener memoria i no. Por lo tanto, a nosotros nos incumbe hacer la elección. ¿Cuál afirmación creeremos? ¿La de los Salmos inspirados, o la de himnos modernos no inspirados? ¡*Elija hoy mismo!*

Otra aseveración de los Salmos es:

“No alabarán los muertos a JAH [forma abreviada de escribir Yahvéh], ni los que descienden al silencio” (Sal. 115:17).

Y el rey Ezequías, habiendo sido recuperado de su grave enfermedad, y habiendo recibido la promesa de que se agregarían quince años a su vida, cantó un cántico de alabanza a Dios, diciendo:

“Porque el Seol [sepulcro] no te agradecerá, ni la muerte te alabará. Los que descienden a la fosa no esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, éste te alabará, como yo lo hago hoy” (Isaías 38:18-19).

El Testimonio del Predicador

Constantemente se están haciendo esfuerzos por desacreditar al Eclesiastés a causa de su clara enseñanza referente a lo que sucederá cuando termine esta vida. Se sostiene que no fue escrito por inspiración del Espíritu Santo, sino en un ánimo pesimista de Salomón, su escritor, quien, habiendo “visto” la vida, se cansó de ella. Indudablemente, el majestuoso Predicador hizo algunas cosas muy necias y equivocadas; pero el tono del libro, y especialmente su exhortación final, es:

“El fin de todo este asunto que has oído es éste: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, junto con toda cosa oculta, buena o mala” (Ecle. 12:13-14).

Un libro que respalda su entera enseñanza, “incluso todo lo que se ha oído”, con palabras como éstas, y aquellas otras palabras: “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud” (Ecle. 12:1), no se le puede catalogar como literatura infiel, y este libro es extremadamente difamado por aquellos que así lo clasifican.

El testimonio del Predicador referente a nuestra pregunta está expresado con claridad:

“Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos, pues mejor es perro vivo que león muerto. Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben ni tienen más recompensa, porque su recuerdo cae en el olvido. También su amor, y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol... Todo lo que te venga a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol [sepulcro], adonde tú vas, no hay obra, ni razonamiento, ni conocimiento ni sabiduría” (Ecle. 9:4-6, 10).

Esta enseñanza concuerda exactamente con la del Salmo ya señalado. Por lo tanto, si algunos buscan desacreditar el Eclesiastés a causa de esta enseñanza, también deberían descartar a los Salmos. Pero lo correcto sería que ellos corrigieran sus propias falsas enseñanzas, y remodelarlas conforme a las declaraciones de la sagrada palabra.

Otra porción de Eclesiastés que está aún en mayor desaprobación que el anterior de aquellos que intentan desacreditar al libro, es:

“Porque lo que sucede a los hijos de los hombres y lo que sucede a las bestias es lo mismo; como mueren los unos, así mueren las otras, y un mismo aliento tienen todos; no tiene preeminencia el hombre sobre la bestia, porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo al polvo volverá. ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube a lo alto, y si el espíritu del animal desciende a lo hondo de la tierra?” (Ecle. 3:19-21).

Por supuesto, esto es chocante para aquellos que conciben ciertas ideas acerca de la constitución del hombre. Pero si se tiene que criticar a este pasaje, entonces también se debe criticar al Génesis precisamente sobre la misma base. Moisés escribió que las bestias del campo, el ganado y los reptiles fueron hechos por Dios de los materiales tomados de la tierra (Gén. 1:24, 25); también escribió que: “Formó, pues, Yahvéh Dios al hombre del polvo de la tierra” (Gén. 2:7), y que el efecto de la muerte sería que el hombre volvería “a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás” (Gén. 3:19). En cuanto a que todos tienen “un mismo aliento”, esto es una verdad de Perogrullo; todos saben que tanto el hombre como la bestia respiran la misma atmósfera, y que cuando el hombre o la bestia dejan de respirar, dejan de vivir.

Por la lectura de Ecle. 3:21, citado de antiguos manuscritos y de la Versión Revisada (en inglés), parecería que los bien conocidos hechos que se mencionan en los versículos 19 y 20 (en armonía con Génesis) fueron citados aquí por el “Predicador” en contradicción de naciones herejes que en aquel tiempo había en el exterior, tal como hay en el presente, en el sentido de que cuando muere el hombre, éste sube a lo alto, y que cuando muere la bestia, ésta desciende a lo hondo de la tierra. El hecho es que en la

muerte, y en lo que a la muerte concierne, el hombre no tiene preeminencia sobre la bestia. Mientras ambos estén vivos, el hombre es superior a la bestia; cuando ambos están muertos, el hombre no tiene ninguna ventaja sobre la bestia.

No obstante, el hombre muerto tiene perspectivas que la bestia muerta no puede tener, porque Dios ha prometido que el hombre será resucitado de la muerte, pero no ha hecho semejante disposición a favor de la bestia. Es debido a esta perspectiva que el “Predicador” dice que “el espíritu [o aliento, que representa el poder para vivir] vuelve a Dios, quien lo dio” (Ecle.12:7). La palabra hebrea traducida como “espíritu” en este pasaje es la misma que se ha vertido como “aliento” en Ecle. 3:19; Isaías 30:28; y en muchos otros pasajes.

La evidencia en el Antiguo Testamento en relación con nuestra pregunta no ha sido agotada en los pasajes anteriores; hay mucho más en el mismo sentido. Lo que hemos considerado corrobora plenamente la evidencia de los sentidos (vista, oído, y tacto), cuya evidencia es la misma que se tiene junto al lecho de muerte y en la autopsia. Pero las Escrituras van más allá de lo que pueden hacer los sentidos. Las Escrituras mencionan el remedio para el desastre. La gente que ha sido quitada por la muerte, y que ha regresado al polvo, en un tiempo venidero volverá a “su primer estado” (Ezeq. 16:53-55). Los niños también volverán de la muerte, “la tierra del enemigo”, a su propio territorio donde vivían antes de que la muerte se los llevara (Jer. 31:15-17). La Escritura no hace ninguna afirmación de que las personas están vivas cuando se hallan en la muerte. Reconociendo que la gente está efectivamente *muerta*, la palabra de Dios menciona el único remedio lógico para la situación, a saber, la RESURRECCIÓN.

El Testimonio de Jesucristo

“Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo... Jesús hablaba de la muerte de Lázaro... Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto”. “Yo soy la resurrección y la vida” (Juan 11:11-14, 25).

Llegando ahora al Nuevo Testamento, no encontramos ninguna discrepancia entre él y el Antiguo Testamento. La misma respuesta se da a la pregunta, ¿Qué será cuando termine esta vida? En el Antiguo Testamento se dice tanto del bueno como del malo que están durmiendo en la muerte, sin saber nada (2 Cró. 12:1, 16; 14:1, 2; 16:13; 17:1.6; 21:1; Ecle. 9:5). En el Nuevo Testamento nuestro Señor Jesucristo da la misma enseñanza, como lo demuestran las citas del evangelio según Juan ya citadas.

Esto está confirmado por el incidente acerca de Lázaro cuando fue levantado de la muerte, o despertado de su sueño. Si Lázaro hubiera estado cuatro días en el cielo, debe haber tenido mucho que contar acerca de las maravillas que debe haber visto, y se le habría disculpado si hubiese reprochado a su Amigo por llamarlo de vuelta a la tierra. Pero ni hubo ninguna aglomeración de una inmensa multitud para oír un discurso de Lázaro sobre ‘Lo que vi en mi visita de cuatro días a las cortes celestiales’; porque Lázaro no tenía nada que relatar; ni sus hermanas y amigos esperaban que él tuviera. Lázaro no había estado en absoluto en el cielo. “Nadie ha subido al cielo”, dijo nuestro Señor (Juan 3:13). Lázaro estaba simplemente dormido en la muerte, sin saber nada, ni hacer nada; y fue de la *muerte* que su querido Amigo Jesús lo trajo de vuelta.

En conexión con este incidente se nos dice quién tiene el poder para resucitar a los muertos. Es Jesús; él es la resurrección y la vida. Por medio de su muerte y resurrección llegó a ser Señor de los muertos y de los vivos, habiendo pagado el precio de su propia preciosa sangre para comprar a la raza para él (Rom. 14:9; 1 Cor. 6:20). Él tiene las “llaves” de la muerte y del *hades*, y en el debido tiempo las usará y liberará a aquellos que están confinados en prisión (Apoc. 1:18). Él llamará a todos los que están en los sepulcros para que salgan (Juan 5:28). “Ha de haber resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos” (Hechos 24:15).

El Testimonio de Pedro y Pablo

“Porque David ni subió a los cielos” (Hechos 2:34).

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen... Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Tes. 4:13, 14).

Si nuestro Señor dijo: “Nadie subió al cielo” (Juan 3:13), el apóstol Pedro fue igualmente explícito respecto a David: “David no subió a los cielos”. Las palabras no podían ser más claras que esto. David había muerto hacía más de mil años cuando Pedro dijo esto acerca de él. Él “murió y fue sepultado”, y durante mil años había estado dormido con sus padres. Desde el día de Pentecostés han pasado casi dos mil años más, y la muerte-sueño de David aún permanece imperturbable. Pero tan seguro como que el gran Hijo de David tiene las “llaves”, así un día él llamará a su renombrado ancestro para que salga; entonces Aquel que fue el Hijo de David será el Señor de David; el que fue progenie será la Raíz de David, del cual David derivará su vida (Mateo 22:41-46; Apoc. 22:16).

El testimonio de Pablo es tan claro sobre esta pregunta como los ya citados. Los creyentes que murieron no se habían ido al cielo; estaban *dormidos* en Jesús, y en el debido tiempo serían despertados por Aquel que tiene el poder de sacarlos de ahí. Pablo mismo no esperaba ir a su galardón celestial inmediatamente al momento de su muerte. Él reconocía que la corona de justicia le sería colocada y se le daría a la venida del Señor (2 Tim. 4:6-8; Juan 14:1-3).

¿Si no Hubiera Resurrección?

“Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces, también los que durmieron en Cristo han perecido” (1 Cor. 15:16-18).

Aquellos cristianos cuya teología está corrupta por la mezcla con la filosofía pagana y la sabiduría del mundo, y los cuales, por lo tanto, vanamente suponen (contrario a la Escritura y a la evidencia de sus sentidos) que los muertos no están verdaderamente muertos, sino lejos disfrutando de un entorno más genial, liberado de incubo de este “envoltorio mortal”, no ven ninguna razón para que haya una resurrección de los muertos. Para ellos la resurrección parece ser una categórica y muy grande desventaja, ya que el peso del felizmente eliminado “envoltorio mortal”, volverá a ser una carga sobre el alma ya liberada. Bajo tales circunstancias, no es sorprendente que ellos adopten este enfoque, y que muchos de ellos categóricamente rechacen la idea de una resurrección por no sólo ser inútil sino además perjudicial.

Su premisa está equivocada. El alma o espíritu no vive ni puede vivir independientemente de un cuerpo, y las almas muertas no están viviendo en algún lugar mientras el cuerpo se descompone. La verdad es que *si no hay resurrección de los muertos no hay ni un rayo de esperanza para iluminar el futuro* incluso para los santos, mucho menos para los pecadores. Las Escrituras nos dan la posición lógica en caso de que no haya resurrección:

“SI los muertos no resucitan... entonces también los que durmieron [murieron] en Cristo HAN PERECIDO”.

Esto es fácil de entender. Si no podemos estar a la espera de la resurrección, no podemos estar a la espera de nada. Hay sólo tinieblas de oscuridad; la enseñanza infiel tendría razón; “la muerte pone fin a todo”; y nosotros, si sólo en esta vida tenemos esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres” (1 Cor. 15:19).

Pero, gracias a Dios, aunque la muerte es el término de la vida, como lo afirma la Escritura y nuestros sentidos, la muerte no tiene la última palabra. El Hijo de Dios ha muerto por nuestros pecados, ha sido resucitado de la muerte, ha abolido la muerte, y ha traído a la luz la vida y la incorruptibilidad (2 Tim. 1:10). Él debe reinar hasta que la muerte sea puesta bajo sus pies y sea destruida (1 Cor. 15:25, 26; Apoc. 20:14). Entonces los rescatados del Señor se regocijarán, diciendo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Cor. 15:54, 55). “¡Alabad al Señor!”

Muerte y Resurrección

Otra forma de hacer la pregunta, “¿Cuándo termina esta vida?”, es preguntar: “Los muertos, ¿dónde están?” Miles de años atrás Job hizo la misma pregunta: “Pero el hombre muere, y se consume; ciertamente, el hombre expira, ¿y *dónde estará él?*” (Job 14:10 – Versión Rey Santiago).

Pero, a diferencia de muchos que en el presente hacen esta pregunta, Job estaba listo con la respuesta: “Hasta que no haya cielo, no despertará ni se levantará de su *sueño*” (Job 14:10-12).

Se observará que la respuesta de Job está en armonía con las palabras de nuestro Señor referente a su amigo Lázaro, ya mencionado: “Nuestro amigo Lázaro *duerme*... Lázaro ha *muerto*” (Juan 11:11-25).

Lo que se hizo con Lázaro, el judío, se hará con los muertos en general. También se hará con los creyentes cristianos llamados “santos”, tal como escribió el apóstol Pablo: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que *durmieron* en él. Por lo cual, os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que *durmieron*” (1 Tes. 4:13-15). El mártir Esteban, mientras era apedreado, después de ver la visión de la gloria de Jesús, y orar por sus perseguidores, *durmió* (Hechos 7:60).

Estos pasajes muestran la gran incongruencia de considerar que aquellos que están *dormidos* en la muerte están más despiertos de lo que estaban antes de su deceso. El uso de la palabra *sueño* de manera natural no implica que el que duerme está despierto; tampoco se debería pensar eso cuando la palabra se usa de manera figurada para referirse a la muerte. En ambos casos el significado es el mismo: un *descanso* quieto, inconsciente, oscuro y sin memoria.

Los textos señalados también muestran que los santos y fieles del presente y de épocas pasadas no pasaron inmediatamente de la muerte a su galardón eterno. Este pensamiento está corroborado por varios otros pasajes. “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si no fuera así, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré para mi mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis” (Juan 14:2, 3 – Versión Rey Santiago). Aquí el Señor hace que la unión de sus santos con él dependa de su segundo advenimiento, y en 1 Tes. 4:16 el apóstol dice lo mismo, mostrando que aquellos que duermen en Jesús, y que han de ser traídos con él, no están en el cielo. “El Señor mismo... *descenderá* del cielo; y los muertos en Cristo *resucitarán* primero”.

David era un hombre según el corazón de Dios, porque aunque algunas veces pecó gravosamente, se arrepintió e intentó reparar el daño que había hecho; no obstante, las Escrituras dicen de él: “David no subió a los cielos” (Hechos 2:34). Nuestro Señor dijo: “Nadie ha subido al cielo” Juan 3:13).

Seol, Hades, Infierno, Gehenna

La muerte es la misma tanto para los buenos como para los malos. La misma palabra describe la situación de ellos una y otra vez: “Y exhaló el espíritu [literalmente, expulsar el aire] y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de días, y fue reunido con su pueblo” (Gén. 25:8). “Y exhaló Isaac el espíritu, y murió y fue reunido con su pueblo” (Gén. 35:29). “Y David durmió con sus padres” (1 Rey. 2:10). “Y durmió Acab con sus padres” (1 Rey. 22:40). Todos ellos –buenos reyes, malos reyes, buenos súbditos, malos súbditos—fueron al *infierno*. Ésta puede parecer una afirmación severa, y, en verdad, si la palabra “infierno” significa tormento eterno, es una penalidad demasiado severa para aplicar, incluso para los miserables más endurecidos que hayan contaminado la tierra. Pero “infierno” no significa sufrimiento eterno. En el Antiguo Testamento es una traducción de la palabra hebrea *sheol* que ocurre 65 veces en la Versión Rey Santiago, en inglés. Se ha vertido 31 veces como “infierno”, 31 veces como “sepulcro”, 3 veces como “fosa”. En la Versión Reina Valera 1909 actualizada, *sheol* se ha traducido como “sepulcro” en Eclesiastés 9:10 y en Cantares 8:6. En todos los otros casos donde ocurre se ha transliterado como “Seol”.

En ningún caso esta palabra conlleva el pensamiento de sufrimiento eterno, sino siempre se refiere a la muerte, en la cual no hay recuerdo, ni gozo, ni amor, ni envidia, ni sensación alguna. En el Nuevo Testamento, la palabra “infierno” es una traducción de las palabras griegas *Gehenna* y *Tartaroo*.

Hades es una palabra griega equivalente al término hebreo *sheol*. Se ha traducido como “sepulcro” en 1 Cor. 5:55. En todos los otros casos donde ocurre se ha transliterado como “Hades”.

Tanto Seol como Hades significan lugares o estados tapados, u ocultos. La palabra castellana “infierno” se deriva del término latino *infernus*, un lugar profundo. De modo que la palabra “infierno” originalmente no tenía el terrible significado que tiene en tiempos modernos.

Gehenna era el nombre dado a un valle en las afueras de Jerusalén, en el cual se arrojaba todo lo que estaba destinado a destrucción. El fuego se mantenía permanente allí; pero si algo arrojado al valle quedaba en una saliente de roca y no caía en el fuego, los gusanos lo consumirían en un momento; nadie interferiría en la destructiva obra de las llamas o de los gusanos. Tal como Jerusalén en Palestina tipificaba a la “Nueva Jerusalén”, así también el “Valle de Hinom”, llamado *Gehenna*, tipifica el “lago de fuego que arde con azufre”, en las afueras de la Nueva Jerusalén. (Apoc. 19:20; Isaías 66:24). Este lago significa “la segunda muerte”, no un tormento perpetuo, y fue a esto que se refería nuestro Salvador (Marcos 9:43-48; Apoc. 21:8; 23:15). Generalmente, se puede entender que las palabras Seol y Hades se refieren a la muerte que ha sobrevenido a toda la raza a causa de la transgresión ocurrida en Edén. Esto le ha sucedido a todos (Rom. 5:12). Puede entenderse que *Gehenna* se refiere a la muerte que sobreviene como castigo por el persistente rechazo de aquellos que han sido guiados a un conocimiento de la verdad.

Gehenna se ha vertido en la Versión Reina-Valera 1909 actualizada como “infierno” en los 12 casos donde ocurre en el Nuevo Testamento.

Señalar unos pocos casos de hombres buenos que han ido al Seol será instructivo, ya que muestran que Seol significa el estado de la muerte, no un tormento. “Oh, quién me diera que me escondieses en el Seol [sepulcro], que me encubrieras hasta apaciguarse tu ira” (Job 14:13). Evidentemente, Job no pensaba que el Seol era un lugar de tormento, ya que él oró para que permaneciera escondido hasta que la ora de Dios hubiera pasado. Gén. 37:35; 42:38; 44:29, 31 son casos similares en los que se habla de la aflicción de Jacob por la pérdida de José y el temor de perder también a Benjamín. “Porque yo enlutado descenderé *hasta mi hijo* [José, supuestamente muerto] al Seol [sepulcro] (Gén. 37:35). “Si le aconteciese [a Benjamín] algún desastre en el camino por donde vais, haréis descender mis canas con dolor al Seol [sepulcro]” (Gén. 42:38).

La Muerte Para el Hombre y Para la Bestia

Habiendo señalado el testimonio de las Escrituras de que la muerte es la misma tanto para el hombre bueno como para el malo, ahora es necesario que aprendamos otra lección más, a saber, que la muerte *como tal* es la misma para el hombre así como para la bestia: la cesación de la vida. Esto puede parecer humillante para nosotros que nos consideramos como señores de la creación; pero como es cierto no puede haber ninguna ventaja al ignorarla. El siguiente es el pasaje bíblico sobre este punto: “Porque lo que sucede a los hijos de los hombres y lo que sucede a las bestias es lo mismo; *como mueren los unos, así mueren las otras*, y un mismo aliento tienen todos; no tiene preeminencia el hombre sobre la bestia, porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo al polvo volverá. ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube a lo alto, y si el espíritu del animal desciende a lo hondo de la tierra?” (Ecle. 3:19:21). Parecería que ya en los días de Salomón, casi 3.000 años atrás, había filósofos argumentando sobre los mismos temas mencionados en el capítulo anterior, que en la muerte los hombres tenían alguna ventaja sobre las bestias. Salomón los reprende, no con la imprudencia derivada de su relación con falsas religiones, sino expresando los sentimientos de los Salmos divinamente inspirados de su padre David, los cuales a menudo debe haberlos oído cantar en el servicio del templo. En vista de los Salmos 88:10; 115:17; 6:5, ¿qué otra cosa podría haber escrito excepto: “¿*Quién sabe si* el espíritu de los hijos de los hombres sube a lo alto, y *si* el espíritu del animal desciende a lo hondo de la tierra?” Seguramente los vanos filósofos no lo *sabían*, aun cuando lo pueden haber pensado y enseñado; pero Salomón, instruido por la sabiduría divina, sabía lo que los filósofos no sabían: que el hombre y las bestias tienen un mismo aliento; respiran el mismo aire, y cuando cesan de respirar, cesan de vivir. Siendo ésta la situación, el hombre bueno, en lo que a la muerte misma concierne, no es mejor que el hombre malo ni tampoco es peor que las bestias.

El Espíritu del Hombre

Las palabras *ruach* en el Antiguo Testamento y *pneuma* en el Nuevo Testamento son equivalentes y se han traducido como “espíritu”. Siendo su significado básico un poder que no se ve, ambas palabras tienen una amplia variedad de significado, a saber, espíritu en un sentido de un ser espiritual, como Dios, Cristo, los ángeles, y los coherederos con Cristo; espíritu en el sentido de mente o disposición; aire o viento; aliento, incluyendo la idea del poder para vivir. En el último de estos sentidos la palabra *ruach* se usa en Gén. 7:15 como “espíritu de vida” o aliento que sostiene la vida, refiriéndose al poder para vivir por medio de respirar que Dios había dado a las bestias de la tierra y a las aves del

aire. La misma frase, “aliento de vida”, ocurre en Gén. 2:7, donde se describe la creación del hombre, y se refiere al poder para vivir por medio de respirar que Dios dio al hombre así como a los animales inferiores. Con el mismo significado se usa *ruach* en Ecle. 3:21 —“¿quién sabe si el espíritu del hombre”—el aliento, y en v. 19 —“un mismo aliento tienen todos”. En Ecle. 12:1-6 se describe el decaimiento gradual del hombre. En el v. 7 se muestra que el resultado de la separación del aliento y del cuerpo es que el polvo regresa a la tierra de donde fue tomado y el espíritu (*ruach*), o poder para vivir por medio de respirar, regresa a Dios que lo dio. “Expirar” significa literalmente “expulsar el aire” (Job 3:11; 14:10).

El Hombre Llegó a Ser un Alma Viviente

Gén. 2:7 Versión Rey Santiago, después de describir la unión del cuerpo con el aliento de vida declara que el resultado de la unión fue que “el hombre *llegó a ser* un alma viviente”. Algunos han pensado que el hombre *recibió* un alma dentro de sí; pero las Escrituras usan una palabra diferente, cuyo significado no se debería pasar por alto. Todos están plenamente familiarizados con la diferencia entre “recibir” y “llegar a ser”. Un estudiante recibe un diploma; él no llega a ser un diploma. Por otro lado, un muchacho *llega a ser* un hombre; él no recibe un hombre. Antes de que Dios empezara el proceso respiratorio (por medio de “soplar en su nariz “el aliento de vida”) no había un ser ni animación. Cuando se inició el proceso respiratorio, se produjo animación; y lo que hasta ese instante era una forma inanimada “*llegó a ser* un alma viviente” o un ser viviente. La unión de aliento y cuerpo produjo el alma o ser; la disolución de esa unión entre cuerpo y aliento significa la muerte de esa alma o ser. Ésta fue la condena que Adán trajo sobre sí. Cuando dejó de respirar, cesó su poder para vivir; el alma o ser murió, como lo dicen las Escrituras: “Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años, y murió” (Gén. 5:5).

El Hombre a Semejanza de Dios

¿En qué consistía la semejanza del hombre con su Creador? Vemos que no estaba en que al hombre le fue dado tener “vida en sí mismo”. Esa era originalmente la cualidad de Yahvéh únicamente (Juan 5:26), y él se la dio al Hijo en su resucitación. También ha de darse —lo que muestra que ellos aún no la poseen— a la Iglesia, los coherederos con Jesús (Rom. 2:7; 1 Cor. 15:49, 53). La semejanza original con Dios, según se manifestó en la primera pareja, estaba en los atributos morales. Ellos podían comprender y ejercer dentro de sus limitaciones las cualidades morales que encuentran su plena expresión en el Todopoderoso. Después de la transgresión, la semejanza empezó a diluirse poco a poco, y el actual estado de la raza dista mucho de ser una expresión de la semejanza divina. Se ha hecho ajuste en el Nuevo Pacto para volver a escribir la ley divina en el corazón de todo el que quiera someterse al proceso, y al final la semejanza de Dios una vez más será perfectamente manifestada en sus hijos humanos, así como en aquellos que logren la naturaleza espiritual. Cualquiera de la raza que no se someta a los procesos del Nuevo Pacto después de un completo esclarecimiento sobre el tema será arrojado a la Segunda Muerte (Gén. 1:20; Lucas 3:38; Heb. 8:8-12; Jer. 12:14-17).

La Resurrección de los Muertos

Se ha examinado el testimonio de las Escrituras referente al estado de los muertos y se ha visto que los muertos están dormidos. En las Escrituras se enseña que la totalidad

de la raza ha sido condenada a muerte a causa de la transgresión en el Huerto del Edén. pero que se ha dispuesto una redención por medio del Rescate dado por Jesús a todos. Esto nos lleva a la enseñanza que distingue a la Biblia de todos los otros sistemas religiosos. Éstos, basados en vanas filosofías, desearían que creyéramos que los muertos no están muertos, que ellos no cesan de vivir, sino que más bien entran a una vida más plena, aún conservando sus actividades conscientes. Por lo tanto, su esperanza en una vida futura se basa en algo que supuestamente está dentro de ellos. Por otro lado, la Escrituras reconociendo plenamente que los muertos están muertos, y que se hallan impotentes de ayudarse ellos mismos, predicán a Jesús y a la resurrección. Él ha obtenido por compra el derecho de hacerlos salir del sepulcro, y así lo hará (Juan 5:29; 11:25). Todas las enseñanzas del paganismo y gran parte de las enseñanzas de la cristiandad referente a la esperanza en una vida futura se basan en la falacia de los filósofos; toda la enseñanza de las Escrituras referente a la esperanza en una vida futura para la raza humana se basa en el hecho de que Jesús murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, y que él fue resucitado de entre los muertos por el poder de Dios (1 Cor. 15). La cristiandad, con su enseñanza referente a la continuidad de la vida en la muerte y que los fieles se han ido para estar con el Señor, encuentra una gran inconveniencia en la enseñanza de las Escrituras acerca de la resurrección de los muertos. La cristiandad enseña que el alma o espíritu (ya se ha visto que ellos le han dado a estas palabras significados contrarios a las Escrituras) es liberada por la muerte de la “prisión” de arcilla, y que la resurrección es una resurrección únicamente del cuerpo; en opinión de ellos, la resurrección ha de ser un re-encarcelamiento del alma. ¡No es de extrañarse que la resurrección sea una doctrina inconveniente!

Se ha dispuesto la liberación de la muerte y del sepulcro. “De manos del Seol [sepulcro] los rescataré, los redimiré de la muerte. ¿Dónde están, oh muerte, tus plagas? ¿Dónde está, oh Seol [sepulcro], tu destrucción? (Oseas 13:14). ¡Gracias sean a Dios, que nos da la victoria!

Partir y Estar Con Cristo

La expresión en Filip. 1:23, acerca del ferviente deseo del apóstol de estar con el Señor, ha causado considerable discusión, y algunos han tenido dificultad para armonizar este pasaje con la enseñanza general de las Escrituras sobre el tema de la muerte y la resurrección. Por un lado, las Escrituras, incluyendo los escritos de Pablo, enseñan que los santos deben esperar hasta el segundo advenimiento del Señor antes de que puedan estar con él (Juan 14:3; Col. 3:4; 1 Pedro 5:4; Apoc. 11:15:18). Pero en Filip. 1, el apóstol parece enseñar que en el momento de partir de esta vida él estaría con el Señor. ¿Realmente se contradice a sí mismo?

No; el apóstol no se contradice a sí mismo en este asunto. Él estaba preso en Roma cuando estaba escribiendo a los filipenses. Él no sabía qué día podría ser el último para él. Siendo un santo plenamente consagrado, el devoto apóstol estaba listo para que Cristo fuera magnificado por medio de él de cualquier manera, ya sea por una vida de actividad, o por una muerte de mártir. Cualquiera de las dos sería para la gloria del Señor (Filip. 1:20, 21), y a cuál de ellas elegir, no lo sabía (v. 22). Estaba en un dilema entre estas dos: vida y muerte. La aparente contradicción es ésta: que aunque el apóstol dice claramente que está en un dilema entre la vida y la muerte, sin saber cuál de ellas escoger, la Versión Reina-Valera y otras desafortunadamente da la impresión de que después de todo él prefería la muerte, lo que generalmente se entendía por la palabra

“partir”. Esta versión minimiza al apóstol al hacerlo parecer que no sabía lo que pensaba. La palabra *analuo*, traducida como “partir”, ocurre en un sólo otro lugar en el Nuevo Testamento, y allí está traducida como “volver” – “Y sed vosotros semejantes a hombres que esperan a que su señor *vuelva* de las bodas, para que, cuando venga y llame, en seguida le abran” (Lucas 12:36). Un derivado, *analusis*, ocurre en 2 Tim. 4:6 “... el tiempo de mi partida está cercano”. La palabra *analuo* significa “liberar de nuevo”. En Filip. 1:23 se refiere a la resurrección en la segunda venida de nuestro Señor cuando Pablo y todos los otros fieles serían liberados de los lazos de la muerte y de todas las actuales situaciones malas, y serían recibidos por el Señor para sí (Juan 14:3; 1 Tes. 4:14-18).

Esto, lo que el apóstol prefería más, no era una de las dos opciones entre las cuales no podía escoger, sino que era una tercera opción, diferente de las otras, y “mucho mejor”. Era la promesa de una corona de justicia y gloria “en aquel día” (2 Tim. 4:8; Col. 3:4).

Ausente del Cuerpo y Presente Con el Señor

Algunos han usado las palabras del apóstol Pablo en 2 Cor. 5:8 para favorecer la idea de que los fieles al morir son llevados a la presencia del Señor. Pero el apóstol no dice esto; él tan sólo expresa su preferencia de estar “ausente del cuerpo y presente con el Señor”. En este versículo él no se refiere al estado intermedio de dormir a la espera del Señor, porque esa no era su preferencia. Él habla de esto en los versículos 1-4 – “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna, en los cielos. Y en ésta también gemimos, deseando ser revestido de aquella, nuestra habitación celestial, puesto que en verdad seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo (1), gemimos agobiados. Porque no quisiéramos (2) ser desnudados, sino revestidos (3), para que lo mortal sea absorbido por la vida”

“En este tabernáculo“ es el actual estado insatisfactorio de los cristianos consagrados, que buscan andar en el camino del Señor, pero son obstaculizados por la debilidad de la carne, la que ocasiona que aquellos que tienen las primicias del espíritu giman dentro de sí (Rom. 8:23). El estado “desnudados” es el período de espera de la resurrección, cuando el fiel, habiendo terminado su vida en la muerte, duerme hasta que la voz del Señor lo llama. Este estado de dormir no era lo que deseaba el apóstol; no obstante, él sabía que es inevitable. El estado “revestidos” es aquel en el cual los fieles consagrados de la era del evangelio se regocijarán cuando reciban la nueva propiedad, la “casa no hecha por manos, eterna, en los cielos”. Entonces ellos estarán en la presencia del Señor, porque lo verán como es él, y serán como él (1 Juan 3:2).

En el v. 8 se mencionan los estados primero y tercero, y se expresa una decidida preferencia del tercero. El segundo estado no se menciona en el v. 8, pero esto no autoriza la idea de que el apóstol esperaba pasar del primer estado al tercero sin permanecer algún período de tiempo en el estado segundo o sepulcro. Él esperaba permanecer “desnudado” por un tiempo y estaba a la espera de recibir una “corona de justicia” a la venida de nuestro Señor (2 Tim. 4:7, 8).

El Ladrón en la Cruz

En sus horas de agonía nuestro Redentor estuvo relacionado con malhechores. Uno de ellos “le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros” (Lucas 23:39). El otro era de un carácter más amable. En vez de injuriar a Jesús, reprendió al injuriador, confesando que ellos dos estaban recibiendo el justo castigo por sus delitos, mientras que Jesús no había hecho nada malo. Y entonces dijo a Jesús: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (v. 42). Qué nivel de entendimiento y fe tenía el ladrón referente al reino del Señor, no puede saberse por las pocas palabras del relato. En todo caso, él era un suplicante, no de un lugar en el trino, sino que el Salvador le mostrara bondad hacia él. La coherencia del trono está disponible para aquellos que toman su cruz diariamente y siguen los pasos de Jesús, aprendiendo obediencia por las cosas que ellos sufren (Heb. 5:8, 9; 2 Tim. 2:12). Manifiestamente, el ladrón en la cruz, que hizo su petición sólo unas horas antes de su deceso, no podía ser contado entre los que llevaban la cruz, que seguían los pasos y vencían, sino que él estaba entre “todas las familias de la tierra” (Gén. 28:14) que serán benditas por ese reino, como él pidió. Éste es el sentido de la respuesta de nuestro Señor a él. “De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso”.

A fin de mostrar la armonía de las palabras de nuestro Señor con la enseñanza general de las Escrituras sobre el estado de los muertos, se ha colocado la coma después de la palabra “hoy”, en vez de antes de ella, como se halla en la Versión Reina-Valera y otras versiones; y a fin de evitar que se piense que se ha tomado una libertad desautorizada al hacer esto, se pide al lector que tome nota de que no había puntuación en los manuscritos más antiguos de la Biblia; ni siquiera espacios para separar las palabras. El lector de los más antiguos manuscritos griegos, que no tenían puntuación, tendría otras ayudas para entenderlos. Dicha ayuda se da en el caso que estamos tratando. El difunto Dr. Bullinger explica:

“El verbo ‘decir’, cuando se usa con la palabra ‘hoy’ algunas veces se separa de ella por medio de la palabra *hoti* (‘que’), y a veces se une a ella debido a la ausencia de *hoti*. La palabra *hoti*, colocada entre ‘digo’ y ‘hoy’ envía la palabra ‘hoy’ hacia aquello que se dice y la separa de la palabra ‘digo’, por ejemplo, Lucas 19:9 – “Jesús dijo... que (*hoti*) hoy ha venido la salvación a esta casa’. Lucas 4:21 – “Y comenzó a decirles que (*hoti*) se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos’. Pero este no es el caso en Lucas 23:43. Aquí la palabra *hoti* está ausente; por lo tanto, el versículo debería leerse así: ‘De cierto te digo este día, estarás conmigo en el paraíso’.

La exactitud de esta lectura está respaldada no sólo por el hecho de que se ha mostrado que las palabras de nuestro Señor están en armonía con las Escrituras que enseñan que los muertos están efectivamente muertos, sino también por el hecho de que él no vino en su reino en el día de su muerte. La venida *en su reino* es en el segundo advenimiento del Redentor, cuando el reino vendrá a hacer que la voluntad de Dios se haga en la tierra así como en el cielo, para hacer que el desierto florezca como la rosa, y establezca en toda la tierra el paraíso que una vez estuvo en miniatura representado en el Edén, pero que se perdió a causa del pecado. Nuestro bendito Salvador no estuvo en su reino en el día de su muerte, tampoco estuvo él o el ladrón en el paraíso en ese día. Él estuvo tres días en el *hades* (Hechos 2:31; 1 Cor. 15:4). Jesús era de la familia real de David y Rey de los judíos, pero no llegó a ser Rey de reyes, con todo poder en el cielo y en la tierra, hasta su resurrección de entre los muertos (Rom. 14:9; Hechos 5:31; 13:33, 34; Juan 7:39).

La palabra “paraíso” significa un parque o jardín, y aquí se refiere al reino que, cuando se establezca, convertirá a toda la tierra en Edén de paz y felicidad. El ladrón, que aún está en el *hades*, no estará en el paraíso hasta que el Salvador lo haga salir de la tumba. La bendición que él pedía, sin duda con algún nivel de fe, en aquel día cuando todo parecía estar en contra de Jesús y de la posibilidad de su venida como el Rey de reyes y Señor de señores, entonces se le dará. Su “copa de agua fría”, dada al Señor en la hora de prueba, no quedará sin recompensa, porque “De cierto te digo hoy que estarás conmigo en el paraíso”.

Las Almas Debajo del Altar

En Apoc. 6:9-11, se dice que las almas de los mártires “debajo del altar” claman “¿Hasta cuándo, oh Señor, santo y verdadero, tardarás en juzgar y vengar nuestra sangre de los que moran en la tierra?” Algunos han interpretado esto con el significado de que los mártires estaban disfrutando una existencia consciente entre su muerte y su resurrección. Este pasaje, del alegórico y altamente figurado libro del Apocalipsis, no es una base adecuada para una enseñanza que contradice las claras palabras de las Escrituras, a saber, que los muertos están dormidos, que no saben nada, y que, por lo tanto, no pueden invocar al Señor. Los mártires muertos, inmolados a causa de su fidelidad al testimonio de Jesús, fueron ofrendados en el altar de la mundanalidad de una iglesia y un estado perseguidores; todos ellos “inmolados” socialmente, en el sentido del ostracismo, y muchos inmolados físicamente también. Mientras se hallaban en el estado de muerte, ellos no podían personalmente orar a Dios, no obstante el *hecho de su martirio*, podían y efectivamente claman a él enfáticamente, “en alta voz”, de la misma manera en que la sangre de Abel clamó a Dios desde el suelo, y de la misma manera que la fidelidad de los antiguos es un testimonio para nosotros (Gén. 4:10; Heb 11:4). El mártir Esteban, estando ya moribundo, no clamó por venganza contra sus perseguidores; y si él estuviera conscientemente existiendo en un estado desincorporado, improbablemente alteraría su oración – “No les tengas en cuenta este pecado” (Hechos 7:60). El relato declara con claridad que “habiendo dicho esto, durmió”. Pero Dios, a cuya vista la muerte de sus santos es preciosa (Sal. 116:15), ha dispuesto retribución para los perseguidores de su pueblo, cuyos detalles se dan en posteriores capítulos del Apocalipsis. De Babilonia la grande, se dice: “Y *en ella* fue hallada la sangre de los profetas, y de los santos y de todos los que han sido muertos en la tierra” (Apoc. 17:5, 6; 18:5.8, 24).

Los Espíritus Encarcelados

Este pasaje (1 Pedro 3:19, 20) ha presentado grandes dificultades, especialmente para aquellos que no han discernido el testimonio de las Escrituras referente a las bendiciones del futuro. Han quedado perplejos tratando de entender por qué, si a algunos les predicó nuestro Señor con moras al arrepentimiento y a la salvación, no se dispuso nada similar para subsiguientes pecadores.

Los espíritus que fueron desobedientes en los días de Noé no se han de entender como espíritus de seres humanos fallecidos, porque las Escrituras nos han mostrado que el hombre muerto no sobrevive por medio del alma o espíritu. Los muertos nada saben. Los espíritus desobedientes era los seres espirituales, o ángeles, que no guardaron su primer estado, sino que se relacionaron con la raza humana de una manera no aprobada

por Dios (Gén. 6:1-4; 2 Pedro 2:4; Judas 6). Por esto fueron encarcelados – “entregados a cadenas de oscuridad”— “arrojados al infierno”. Aquí la frase “arrojados al infierno” es una traducción de *Tartaroo*. Este es el púnico caso donde ocurre la palabra *Tartaroo* en las Escrituras.

Los ángeles desobedientes “arrojados” estaban en la atmósfera de la tierra en los días del primer advenimiento de nuestro Señor, y a menudo entró en conflicto con ellos, expulsándolos de algunos a los cuales ellos habían poseído y trastornado. A ellos nuestro Señor “fue y predicó” ¿Qué dijo él a los ángeles desobedientes? ¿Cómo lo dijo? Estas interesantes preguntas están plenamente contestadas en 1 Pedro 3:18, 19 – “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu; *en el cual* también fue y predicó a los espíritus encarcelados”. Nuestro Señor predicó a estos ángeles caídos por medio de su sufrimiento, su muerte, y su resurrección. No hubo un discurso formal en una fecha determinada. Rodo su ministerio y su galardón de parte del Padre constituían la “predicación”; y para los ángeles debe haber sido una maravillosa lección sobre el galardón por la obediencia en contraste con el castigo aplicado a su propia desobediencia.

¿Es esta predicación probablemente de provecho para los ángeles desobedientes? Tenía ese propósito sólo si ellos aprendían la lección; porque está escrito que la dispensación de la plenitud de los tiempos es no sólo para el propósito de bendecir a todas las familias de la tierra bajo la dirección de Jesús, sino también para el propósito de reunir bajo una sola Cabeza a los seres celestiales que ahora están dispersos, es decir, los seres encarcelados a los cuales predicó Cristo por medio de su vida, muerte y resurrección (Efe. 1:10).

Si los ángeles desobedientes se apartan de Satanás, y se someten al Señor Jesús, se unirán en las alegres expresiones de alabanza y honra a Dios y a su Hijo (Filip. 2:10; Apoc. 5:13); si ellos deliberadamente persisten en la desobediencia, deben ser destruidos, porque “[Yahvéh] destruirá a todos los malvados” (Sal. 145:20; Mateo 25:41).

Moisés y Elías en la Transfiguración

En cumplimiento de Mateo 16:28, nuestro Salvador, según se consigna en Mateo 17:1-9, llevó a Pedro, Santiago y Juan a un elevado monte y se transfiguró delante de ellos. En esta ocasión, se les aparecieron Moisés y Elías, los cuales hablaron con Jesús. Muchos fervientes cristianos han considerado este incidente como una indicación de que Moisés y Elías no estaban realmente dormidos; porque, si estaban dormidos, ¿cómo pudieron tomar parte en la conversación? Esa es la pregunta.

La respuesta se halla en las palabras de Jesús, en el versículo 9. Él les ordenó a Pedro, Santiago y Juan, diciendo: “No digáis a nadie la *visión*, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos”. Era una *visión*, no una visita real de Moisés y Elías, lo que ellos vieron. Jesús era una persona real; Pedro, Santiago y Juan era personas reales; Moisés y Elías en el monte eran apariciones, no personas reales. Visiones en las que los profetas han desempeñado una parte no es de manera alguna insólito en las Escrituras; los otros participantes en tales conversaciones son algunas veces bestias o criaturas simbólicas, imposible en un sentido real o natural, pero

emblemáticas de grandes realidades que se han de llevar a cabo. Juan mismo en la isla de Patmos tomó parte en algunas de las visiones que él describe (Apoc. 4:6-8;5:14; 6:1, 3, 5, 7; 10:8-10; 13:1, 2, 5, 6).

Teniendo la expresa palabra del Señor de que este acontecimiento fue una *visión*, está claro que no hay conflicto entre ella y las claras palabras de las Escrituras, las cuales muestran que los muertos están efectivamente muertos, y que deben dormir hasta el día de la resurrección.

Pedro, uno de los testigos presenciales de la visión, la describió como una visión del poder y venida de nuestro Señor Jesucristo y de su majestad (2 Pedro 1:16-19). La enseñanza de la visión es que Moisés y Elías fueron sustituidos por Cristo. Moisés representaba el Pacto de la Ley, y Elías representaba a los antiguos profetas. Ambos testificaron acerca de Cristo y hasta Cristo. “La ley y los profetas fueron hasta Juan”. “Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”. “Dios, habiendo hablado muchas veces en otro tiempo a los padres por medio de los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Lucas 16:16; Juan 1:17; Heb. 1:1). Éste era el propósito de la voz que oyeron los tres discípulos: “Éste es mi Hijo amado... *a él oíd*” (Mateo 17:5).

Elías Llevado al Cielo

Algunas veces se ha hecho la siguiente pregunta: ¿No fue Elías llevado al cielo en el carro de fuego y llevado, sin morir, a la presencia de Dios?” (2 Rey. 1-11).

A primera vista, este relato parecería una formidable contradicción de la palabra de nuestro Señor: “Nadie ha subido al cielo” (Juan 3:13), pero la solución de la aparente dificultad queda aclarada en seguida cuando el lector recuerda la variedad de maneras en que se usa la palabra “cielo” en las Escrituras. Está el cielo en el que mora Dios (Isaías 66:1); el cielo en el que brillan las estrellas (Gén. 14-17); el cielo donde vuelan los pájaros, es decir, la atmósfera (Gén. 1:20, 26); y el “cielo” usado de manera simbólica para representar a una porción del “mundo” u orden de cosas (Isaías 65:17; 2 Pedro 3:7).

Por Juan 3:13; Heb. 11:13, 39, estamos obligados a deducir que Elías no subió al primero de estos cielos, donde mora Dios; y no hay razón para creer que fue llevado a algún lugar en los cielos astronómicos; sino que es perfectamente factible creer que fue llevado hasta el aire donde vuelan los pájaros del cielo. Eliseo vio a Elías llevado hacia el aire, pero, como la palabra del Señor claramente da a entender, él no entró a la Presencia Divina. A fin de entender la experiencia de Elías en armonía con otros pasajes de las Escrituras, debemos considerar que él murió mientras era llevado, y desde entonces ha estado dormido. Esta experiencia de Elías puede tomarse como ilustrativa de la manera en que se llevará al último de los coherederos con Cristo –“Luego nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado” (1 Tes. 4:17). El carro de fuego y el torbellino en el cual Elías fue llevado son símbolos de la inquietud y angustia de las naciones con las cuales está cerrando y en las que el Señor está reuniendo a los suyos.

Enoc Traslado

“Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte, y no fue hallado, porque lo trasladó Dios”.
“Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque lo llevó Dios” (Heb. 11:5; Gén. 5:24).

Nada en estos textos dice que Enoc fue llevado al cielo; nada en ellos dice que no murió, y Heb. 11:13 parecería incluir a Enoc con los otros mencionados cuando dice: “En la fe murieron todos éstos”. Además, recordando las palabras de nuestro Señor en Juan 3:13 el lector debe cuidarse de suponer que Enoc fue llevado al cielo. Refiriéndose a Gén. 5:24, se nos dice que él “desapareció”, lo que es otra forma de decir que él había cesado de existir. Las expresiones “desapareció”, “desaparecieron” y “ya no existen” (o “perecieron”) se usan en Sal. 37:36; Jer. 31:15; Mateo 2:18 para denotar la muerte. Que él fue trasladado sin ver la muerte debería, por lo tanto, entenderse con el significado de que su fin vino tan repentinamente que no tuvo advertencia o indicio de su aproximación. La gente de su época era muy longeva; comparado con otros, él fue llevado en la flor de la vida, y probablemente debe haber experimentado poco los dolores y achaques que acompañan a la muerte. El Señor “lo llevó” de la misma manera en que recibió el espíritu de Esteban cuando ese mártir durmió. Él llevó el poder de ellos para vivir, preservando sus características en sus propios archivos hasta que el tiempo de la resurrección los haga salir. Así también el espíritu, aliento o poder para vivir, de todos los seres humanos, “vuelve a Dios, quién lo dio” (Ecle. 12:7) para quedar bajo su custodia hasta la resurrección cuando el poder para vivir se otorgue de nuevo. Este “espíritu” no es, como ya hemos visto, una personalidad separada que vive conscientemente aparte del cuerpo, sino que es el aliento de vida que Dios insufló en la nariz del primer hombre (Gén. 2:7), y por cuya razón el hombre “llegó a ser alma viviente” (Gén. 2:7; 1 Cor. 15:45 – Versión Rey Santiago).

El Rey Saúl y la Bruja de Endor

En 1 Sam. 28 se relata la experiencia de Saúl con la bruja de Endor. Saúl había estado muy deseoso de saber cómo se desarrollarían sus asuntos, pero no pudo obtener respuesta del Señor (v. 6). Por lo tanto, buscó a esta “bruja”, la que pertenecía a una clase con la cual a Israel no le estaba permitido tener tratos, ni dejar que vivieran (Éxodo 22:18; Lev. 19:31; 20:27; Deut. 18:10, 11; Isaías 8:19), y a las cuales, además, Saúl había expulsado del territorio (v. 3). La médium preguntó a Saúl a quién debería ella subir, y él dijo, a Samuel. Influenciado por la descripción que ella hizo, Saúl entonces *percibió* que era Samuel”. No puede suponerse que le sería dado poder a una “bruja”, una de la clase prohibida, para que resucitara a Samuel de entre los muertos; porque si el Señor no quiso responder a Saúl cuando él lo invocó de la manera correcta, mucho menos le respondería por medio de una médium espiritista. Lo que la mujer “vio” y Saúl “percibió” no era Samuel, sino una falsa imagen de él, imitado por un ángel caído; uno de aquellos que habían sido desobedientes en los días de Noé, pero ahora estaban “guardados bajo oscuridad, en prisiones eternas, hasta el juicio del gran día. Samuel estaba dormido; y, estando muerto, nada podía saber ni decir. Antes de su muerte, había profetizado que el reino sería quitado a Samuel; esto era sabido por el espíritu maligno que personificó a Samuel, y fue mencionado en la advertencia que fue dada a Saúl. También parece que el espíritu maligno estaba en lo correcto al decir que Israel perdería la batalla y que Saúl perdería la vida. No podía ser de otro modo, puesto que Dios al fin había retirado definitivamente su favor de Saúl, rehusando oírlo o responderle.

Cuerpo, Alma y Espíritu

“Y pido a Dios que todo vuestro espíritu, y alma y cuerpo sea preservado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes. 5:23 – Versión Rey Santiago).

Que el apóstol no estaba orando así a favor de creyentes individuales, consagrados para seguir los pasos de Jesús es evidente por varias consideraciones. (1) La oración no ha sido respondida; ningún creyente ha sido preservado vivo durante la era del evangelio, (2) Si la oración del apóstol fuese considerada para la Iglesia como un todo se entiende fácilmente, porque la verdadera Iglesia ha sido preservada durante siglos, a pesar de los muchos ataques en su contra (Mateo 16:18). El Espíritu Santo ha sido preservado para ella; su alma o vida no ha muerto; ha sido preservada como un cuerpo o compañía de creyentes. La membresía nunca ha sido reconocible por el mundo, porque el mundo no los ha conocido, así como no conoció a Jesús. Dios los ha conocido y, por lo tanto, sus cimientos han permanecido seguros (2 Tim. 2:19). La oración del apóstol ha sido respondida a favor de la Iglesia colectiva, así que no podría haber sido, ni estaba destinada a ser, respondida a favor de ningún miembro individual.

Epulón y Lázaro (Lucas 16:19-31)

Ésta es la última parábola de un grupo de cinco que se hallan en Lucas 15 y 16. La razón para dar esta serie se declara en Lucas 15:1, 2 – “Y se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Éste a los pecadores recibe y con ellos come”. Los fariseos y los escribas estaban endureciendo el corazón contra la verdad predicada por nuestro Señor; en cambio, los publicanos y los pecadores eran más a menudo suficientemente humildes para recibir la verdad alegremente y reformar su vida en armonía con ella. La oportunidad para entrar en la carrera para el alto llamamiento y coherencia en el reino estaba siendo proclamado al pueblo judío. Los escribas y los fariseos no sólo no estaban dispuestos a entrar, sino que intentaban impedir a otros que estaban deseosos de entrar (Mateo 23:13). Uno de sus principales motivos de queja contra el Señor Jesús era su buena disposición para recibir a todos los sinceros penitentes, sin reparar en su posición social, mientras que al mismo tiempo desenmascaraba la verdadera maldad de los hipócritas que se sentían confiados de que eran justos, sin necesidad de arrepentimiento. El grupo de parábolas que estamos considerando es un ejemplo especialmente bueno de la actitud de nuestro Señor. Empezando muy suavemente, con las parábolas de la Oveja Perdida y la Moneda de Plata Perdida conduce al lector hacia las parábolas del Hijo Pródigo y del Mayordomo Injusto hasta alcanzar el grandioso clímax en la última del grupo, y el fin que aguarda a los hipócritas escribas y fariseos, así como a la bendición reservada para los penitentes publicanos y pecadores, todo lo cual está vívidamente retratado por el simbolismo del Rico y Lázaro.

En Lucas 15:3-7 y 8:10, nuestro Señor justifica su conducta por medio de ilustraciones que deben haber interesado a las personas razonables de entre sus oyentes. Si un hombre ha perdido una oveja de entre cien, i si una mujer ha perdido una de diez monedas de plata, la perdida amerita más interés y atención que las demás, y se hace gran regocijo cuando se le encuentra. De manera similar, hay más gozo en el cielo por uno de estos arrepentidos publicanos o pecadores que por noventa y nueve escribas y

fariseos que en su propia estima se creen justos y que no necesitan arrepentimiento. Éste era un suave reproche contra los que se consideran justos a sí mismo, pero debe haber dado gran gozo a los sinceramente arrepentidos.

El Hijo Pródigo

En Lucas 15:11-32, en la más hermosa y conmovedora de todas las parábolas, nuestro Señor justificó también su posición describiendo la profundidad del pecado y la desgracia en la que había caído el hijo pródigo, y la alegría con la que el padre lo había recibido de nuevo. Así, aunque los publicanos y pecadores habían derrochado su herencia espiritual en una “vida disoluta” e incluso se habían relacionados con los gentiles, le complació a Dios recibirlos con alegría por su sincero arrepentimiento. No sólo estaba complacido de recibirlos, sino que también hizo una fiesta de buenas cosas espirituales para ellos; y tal como el padre en la parábola regaló a su hijo arrepentido que regresaba la mejor ropa, el anillo y sandalias, así también el Padre celestial otorgó a los arrepentidos publicanos y pecadores la mejor ropa de justicia (aquella que es por la fe de Jesucristo, muy superior a la de la Ley), la esperanza de la inmortalidad en el alto llamamiento abierto en ese momento (un anillo o círculo sin fin, simboliza la inmortalidad), y las sandalias, la preparación del evangelio de paz, y, por llevarlos, su caminata y su conversación serían mejor de lo que habían sido.

En esta parábola los murmuradores escribas y fariseos están representados por el hijo mayor, que no quería participar de los festejos, sino que en un espíritu descontento se jactaba de su justicia y largo servicio a su padre. La bondad y la paciencia de Dios hacia los fariseos se muestra en esto, que los privilegios eran todos de ellos también, y que estaban deseosos de participar de ellos (“todas mis cosas son tuyas”), y regocijarse por el regreso de los penitentes. Los fariseos y los escribas deberían haber apreciado esto, y deberían haber aprendido la lección de memoria; pero no estaban dispuestos; por lo tanto, el Señor prosiguió con la siguiente parábola:

El Mayordomo Injusto

(Lucas 16:1-15), para mostrarles el efecto del uso equivocado de su posición y privilegios superiores como mayordomos de los favores divinos, hasta donde la Ley los había revelado (Mateo 23:1-3). Aquí se representaba a los escribas hallándose entre Dios y el pueblo, así como el mayordomo en la parábola se hallaba entre su señor y los deudores. El mayordomo era sabio; cuando se dio cuenta de que estaba a punto de perder su puesto, hizo amistad con los deudores borrando porciones de sus deudas, a fin de que ellos estuviesen dispuestos a favorecerles cuando fuese despedido. Aquí había una amplia señal para los escribas. Ellos, sentados en la silla de Moisés, habían injustamente aplicado gravosas cargas sobre las espaldas del pueblo. Ellos habían impuesto carga sobre carga por medio de sus tradiciones las cuales dejaban a la palabra de Dios sin efecto. Haber aliviado al pueblo de estos pesos de la tradición habría sido tan sólo justo, y habría sido una sabia política que ellos adoptarían, en vista de que estaban a punto de ser expulsados de la mayordomía; pero, en vez de conceder algo, ellos procuraban justificarse aún más, y de este modo se hicieron más abominables a la vista de Dios (Lucas 16:15; Mateo 23:16).

El Rico y el Mendigo

Finalmente, la posición superior de los fariseos y escribas (ricos en cosas espirituales, vestidos de púrpura y lino, representando su propia apreciación de su justicia y esperanzas de realeza, y exhibiéndose suntuosamente cada día -- Sal. 69:22; Rom. 11:9) en contraste con la situación marginada y empobrecida de los publicanos y pecadores (pobres en cosas espirituales yaciendo a las puertas del “hombre rico”, y deseando ser alimentado con las migajas de los beneficios que el “hombre rico” disfruta con tanta abundancia – Rom.3:1, 2). Sabiendo que los escribas y fariseos no aceptarían el buen consejo que se les ofrecía por medio de la parábola del Mayordomo Injusto, el Señor hace ahora una predicción positiva del curso de los acontecimientos, y por medio de la ilustración de la muerte del mendigo y del rico muestra los cambios que habían de venir en las circunstancias de la clase fariseos justos en su propia opinión, y la clase penitente de los menospreciados publicanos y pecadores.

Estos últimos, habiendo muertos para sus desfavorables situaciones espirituales, habían de ser llevados por “ángeles” (mensajeros de la verdad) hacia el “seno de Abraham”; mediante este cambio, estarían adaptados para heredar las cosas buenas del beneficio divino expresado en la promesa abrahámica. Los fariseos se jactaban de su linaje, sin darse cuenta de que la descendencia carnal de Abraham no les beneficiaría en nada si su corazón no era justo. Cuando su clase, como clase “murió” para sus circunstancias favorables, ésta, como clase, fue “sepultada”. ¡Con cuánta exactitud esto describe la situación de los escribas y sus simpatizantes durante casi veinte siglos! Ellos han sido “sepultados” bajo la “tierra” social; cada nación los ha pisoteado, y mientras se han hallado en situación cubierta o sepultados, han estado sometidos a los más terribles tormentos, siendo perseguidos, o al menos, condenados al ostracismo, en todos los países a los cuales han huido en busca de protección.

En una porción anterior de este estudio hemos visto que el estado de las *personas* muertas es que nada saben ni sienten. Muchos pasajes indican esto claramente, y no debemos suponer que nuestro Señor contradeciría las sencillas palabras del Antiguo Testamento que él citaba constantemente como la Palabra divina. Reconociendo que en esta parábola el Señor estaba representando el destino de dos *clases*, mostradas en el grupo de parábolas que empiezan con la de la Oveja Perdida, se puede discernir claramente la perfecta armonía entre él y el Antiguo Testamento.

Mientras se halla en su “tormento”, la clase del “hombre rico” percibe algo de lo que ha perdido y que el “mendigo” ha ganado. Los judíos se dan cuenta de que se hallan bajo el disgusto divino; ellos también saben que en muchas naciones están socialmente bajo “tierra”, y sin duda se dan cuenta de que han estado atormentados por la “llama” de angustias que destruyó su ciudad y su sistema de gobierno en el año 70 d.C., y la cual ha estado “ardiendo” desde entonces. Ellos claman al “Padre Abraham” pidiendo alivio, como si su descendencia en línea recta sirviera para aliviar su angustia; pero Dios rehúsa enviarlo, ni siquiera una gota de la fría agua de la verdad para aliviar su aflicción; porque todos sus beneficios son sí y amén en Cristo Jesús, y no para aquellos que lo niegan. Sin embargo, esto no es por un afán de venganza de parte de Dios, aunque al “rico” se le recuerda que una vez las circunstancias fueron diferentes. La dureza de corazón de la clase fariseos y escribas y de sus simpatizantes ha causado un “gran abismo” de orgullo y prejuicio establecido entre ellos y los que han entrado en el favor divino (representado por el “seno de Abraham”), de manera que es prácticamente

imposible que los beneficios espirituales pasen a los judíos. Entendemos que este “abismo” representa también el “endurecimiento... en parte” de Rom. 11:25, que ha sido tan efectivo que comparativamente sólo unos pocos judíos se han convertido a Cristo desde el año 70 d.C.

Casi el término de esta tan maravillosa parábola, en la cual el gran Maestro usó prodigiosamente lo imposible para representar lo verdadero, se halla una referencia a las palabras escritas de Moisés y los profetas. Si los “hermanos” del “rico” (posiblemente representando a los judíos que vivían fuera de Palestina al tiempo del ministerio de nuestro Señor) no estaban dispuestos a oírlos, ni les importaría el testimonio del “mendigo”, recibido ahora en el favor divino, ni el de los gentiles que han sido recibidos en el favor divino con él, que fueron resucitados del estado de muerte de transgresiones y pecados (Efe. 2:5, 6). Esto debería ser para nosotros un indicación de la reverencia que debemos tener ante la palabra de Dios, que está expresada en el Antiguo Testamento, y que no hemos de suponer que el Nuevo Testamento contradice a Moisés y a los profetas cuando nos dicen que “los muertos nada saben”.

La Segunda Muerte

En el huerto de Edén, se decretó la muerte como el castigo por la transgresión que se cometió allí, lo que involucró a la totalidad de la raza adánica. Éste fue el desafortunado resultado del primer gran juicio de nuestra raza (Rom. 5:12, 16).

Se ha designado otro día de juicio, porque el Hijo de Dios probó la muerte para todo hombre, comprando de este modo a toda la raza, y asegurando el derecho de poner a cada persona de la raza en probación para la vida, con la alternativa de la muerte para los deliberadamente desobedientes (1 Pedro 1:18, 19; 1 Cor. 6:20; Tom. 5:15, 18, 19; 1 Cor. 15:21, 22; Hechos 17:30, 31; 3:23). La muerte, que es una posibilidad del gran Juicio, se llama la Segunda Muerte. Aunque la posibilidad de completa liberación de la penalidad adánica ha de estar al alcance de todos debido a la muerte del Redentor, no hay esperanza de libertad para aquellos que puedan ser condenados a la Segunda Muerte; será su final, porque nadie será sentenciado a ella hasta después de que se haya determinado de que la persona se opone deliberadamente a Dios y a la justicia. Miles y miles de pruebas no alterarían tales casos; por lo tanto, ninguno de éstos se salvará.

El Juicio que tiene alternativas de vida eterna y muerte eterna empieza ahora, en algunos casos. Cada cual que haya sido instruido en la verdad queda bajo cierta medida de responsabilidad, y los que hayan disfrutado de considerable luz quedan por lo tanto, bajo mayor responsabilidad, de tal manera que su obstinación los consignaría a una total destrucción sin esperanza de remedio ((Heb. 1:1, 2; 2:2, 3; 6:4-6; 10:26-31; 12:25; Hechos 3:23, 26). Incluso, un pequeño grado de entendimiento no se perderá. Por lo tanto, tengamos mucho cuidado de guiarnos correctamente por las misericordias divinas (Rom. 12:1; 2 Cor. 5:14, 15).

Satanás en la Segunda Muerte

La Segunda Muerte no implica necesariamente morir dos veces. Satanás, sus simpatizantes entre los ángeles, y todos sus sistemas malignos de superstición han de ser destruidos en ella, aunque no hayan muerto previamente (Mateo 25:41, 46). De este modo, se muestra el hecho de que el significado de la palabra “segunda”, que está

adherida a la muerte, no es en el número de veces que el transgresor muere, sino que es la condena que puede ser decretada como resultado del segundo gran Juicio, el cual incluye seres celestiales así como terrenales, también falsos sistemas (Efe. 1:10; Col.1:20; 2 Tim. 4:1; Juan 5:22, 30).

En todo el libro del Apocalipsis (2:9, 13; 12:3, 9, 12; 20:2, 7, 10) el nombre “Satanás” se aplica a un sistema político, del cual esperamos decir más en otra ocasión. En Apoc. 20:10, este sistema de “Satanás” se menciona juntamente con otros dos sistemas “la Bestia” y el “Falso Profeta” – Apoc. 19:20) que están siendo atormentados para siempre jamás en el lago de fuego y azufre, que es la Segunda Muerte. La “Bestia” y el “Falso Profeta” son arrojados al lago ardiente al final de la era del evangelio.; y el sistema de “Satanás” al final de la era del reino. Como los sistemas no tienen nervios, no pueden sentir dolor. Por lo tanto, este sistema debe considerarse intensamente figurado que describe los severos tratos del Señor con todos los sistemas del mal a la espera de su destrucción total.

El hecho de que el nombre “Satanás” se use simbólicamente en el libro del Apocalipsis no refuta el hecho de que hay un Satanás personal. El Satanás personal fue en otro tiempo un ser espiritual en el cielo, pero llegó a ser un mentiroso y un homicida cuando tentó a Adán y Eva en el huerto. El Señor se refirió a todos los deliberadamente mentirosos y réprobos en un sentido como hijos de Satanás. “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Juan 8:44).

El Castigo Eterno

El “castigo eterno” que se menciona en Mateo 25:46 (Reina-Valera 1960 y La Biblia de Jerusalén) no se ha de entender como un sufrimiento eterno. Cuando un criminal es ejecutado por la sentencia de un tribunal terrenal, su juicio es para siempre, o permanente, hasta donde pueden hacerlo los hombres, pero su sufrimiento no es eterno, ni se tiene la intención de que así sea. Cuál ha de ser el “castigo eterno” de los deliberadamente inicuos está claramente expresado en 2 Tes. 1:9 – Ellos “serán castigados con *destrucción eterna*” (Versión Rey Santiago y Nueva Versión Internacional); no que se les estará *destruyendo* eternamente en un proceso interminable, sino *destrucción eterna*, una obra completada, la Segunda Muerte.

En Mateo 25:46 los adjetivos “eterno” y “eterna” son traducciones del griego *aionios*, derivado de *aion*, que quiere decir “siglo”, “era”, “época”. Como ya se ha mostrado, esta palabra griega y su equivalente hebreo, *olam*, no siempre significan “sin fin”. Pero en Mateo 25:46 no puede haber duda de que respecto a la vida de los benditos como al castigo de los condenados, se refiere a perpetuidad.

La palabra traducida como “castigo” es *kolasin*. Significa “quitar la vida”, y de este modo claramente indica la naturaleza del castigo que se impondrá a los deliberadamente inicuos, expresando exactamente lo que se ha visto en 2 Tes.1:9, que “castigo eterno” significa destrucción definitiva sin esperanza de recuperación. Serán “borrados”, “desarraigados del pueblo” (Sal. 69:28; Hechos 3:23). Que todos podamos ser encomendados a Dios en Cristo Jesús a fin de escapar de este destino es nuestra ferviente oración.

Resurrección y Juicio

Hay otra pregunta que necesita ser considerada: Si los muertos están ahora quietos durmiendo en el sepulcro, y sólo los deliberadamente inicuos y perversos han de ser destruidos para siempre, según se declara en los pasajes recién señalados, ¿qué puede decirse de estos millones y billones que han pecado en gran parte por ignorancia, pero que, no obstante, han perjudicado seriamente a sus semejantes, quedarán sin castigo?

Las palabras de nuestro Señor a los fariseos suministran una respuesta parcial. Él dijo:

“Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás; y he aquí hay uno mayor que Jonás en este lugar.

“La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación y la condenará, porque ella vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón; y he aquí hay uno mayor que Salomón en este lugar” (Mateo 12:41, 42; Lucas 11:29-32).

Aquí se presenta el principio de *condena según el grado de luz contra el cual se pecó*, y la prontitud, o de otra manera, para arrepentirse cuando se ha señalado el error (compare con Juan 3:18-21). Aquí también se nos muestra que el pueblo de Nínive, la reina del Sabá, y la generación de judíos a los cuales habló nuestro Señor, todos resucitarán de entre los muertos y estarán juntos “en el juicio” (Lucas 11:32). Ese juicio será el Día del Juicio, o los mil años del reinado de Cristo, durante el cual instruirá a la gente en justicia. Entonces, también muchos como lo merezcan con el propósito de que se arrepientan y se conviertan (Juan 5:27-30).

Nuestro Señor dijo también que el pueblo de Sodoma, y de Tiro y Sidón estarán allí. Si las maravillas que él hizo en Capernaúm se hubieran hecho en Tiro, Sidón y Sodoma, ellos se habrían arrepentido en cilicio y en ceniza. Por lo tanto, “en el día del juicio el castigo será más tolerable para la tierra de Sodoma” que para Capernaúm (Mateo 11:21-24). Los pueblos de estas antiguas ciudades eran pecadores, pero eran menos culpables que los israelitas (Ezeq. 16:35-63). Y si ellos se hubieran arrepentido si el Señor les hubiese predicado en aquel tiempo, hay esperanza de que lo harán cuando salgan de entre los muertos en la era del reino. No obstante, cada persona recibirá un castigo justo por sus transgresiones, como se muestra en los siguientes pasajes:

“Porque Dios traerá toda obra a juicio, junto con toda cosa oculta, buena o mala” (Ecle. 12:14).

“Pero el que hace injusticia, pagará por la injusticia que haya cometido, porque no hay acepción de personas” (Col. 3:25).

“Mas yo os digo que de toda palabra ociosa [es decir, toda palabra perniciosa o perversa, según se ilustra en la oposición de los fariseos] que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12:36).

“Mi galardón está conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apoc. 22:12).

Concluimos, entonces, que el sueño quieto en sepulcro, desde la muerte hasta el Día del Juicio, no liberará a nadie del castigo justo por sus injusticias. Por otro lado,

tampoco el sueño en el sepulcro privará a nadie de un adecuado galardón por sus buenas obras. Y, además, el pueblo de Nínive, muchos de los cuales no distinguían su mano derecha de la izquierda, pero que se arrepintieron por la predicación de Jonás, y muchos otros como ellos, se alegrarán de arrepentirse y creer bajo las benditas influencias del reino de Dios.

3

Venga Tu Reino

A -- ¿Está usted interesado en el reino?

B -- ¿Qué reino?

A – Pues, el reino de Dios

B – Bueno, apenas conozco el tema. He pedido “venga tu reino” toda mi vida, pero es difícil estar interesado en algo que uno no entiende. Ahora bien, si alguien pudiera darme alguna información confiable acerca de él, yo podría estar muy interesado. Tal como están las cosas, me hallo en una especie estado comatoso.

A – Conozco cómo es. Yo solía desear que una voz bajara del cielo a explicarme los misterios de la vida, y por qué era que se nos enseñaba a orar diariamente por un reino que el resto de nuestra teología nos decía que nunca vendría. Nunca podría venir porque el lugar mismo al cual se suponía que vendría el reino, o sea, esta tierra, al instante siguiente se nos dice que sería quemada completamente.

B – Ése es mi problema. “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”, como si el reino fuese a producir como resultado de su venida un estado de felicidad y paz en la tierra similar a la que prevalece en el cielo. Y esa felicidad y paz podría venir sólo por medio de hacer la voluntad de Dios aquí de manera tan cordial y completamente como se hace en el cielo. Por más de mil ochocientos años se pronunciado esa oración; pero, ¿vemos alguna señal de su cumplimiento?

A – Por supuesto, el hecho de que algo tarde demasiado en venir no es prueba de que nunca vendrá. Los judíos esperaron por siglos al Mesías, y algunos de ellos abandonaron toda esperanza de su venida. No obstante, él vino finalmente, y cumplió lo que los profetas habían dicho acerca de él.

B – Eso es cierto. A menudo he encontrado ayuda pensando en aquellos días y en el mucho bien que hizo en los pocos años que pasó entre los hombres. Y he pensado, ¡oh, si sólo viniera de nuevo, y se quedara más tiempo, y visitara al mundo entero, si sólo sanara a los enfermos como lo hizo en aquellos días! ¡Piense qué maravilloso mundo sería si toda enfermedad fuera eliminada!

A – Sí, y todo el sufrimiento, y el pecado y la muerte. Pero, el hecho de que *él realmente vino* a los judíos en el tiempo preciso según las profecías, ¿no nos alienta a esperar que *su reino* también venga en el tiempo preciso? Seguramente, él no nos enseñaría a orar por la venida del reino a menos que esto fuera una parte integral de su plan que se ha de llevar a cabo. ¿No debería la constante repetición de la oración inculcar en nuestra mente como algo que se puede esperar con *certeza*?

B – Sin duda; y ojalá yo tuviera esa certeza. Pero, como dije, si la tierra ha de ser destruida por el fuego, o consumida por el sol, o por una explosión, no hay ninguna certeza acerca de la venida del reino.

A -- ¿No sería mejor decir que no hay certeza de que la tierra será consumida por el fuego que decir que no hay certeza de la venida del reino?

B – Quizás, pero ambos acontecimientos se enseñan en la Biblia, y ésta es la única autoridad. Si usted tiene alguna prueba de que la tierra *no* va a ser destruida por el fuego, ciertamente me gustaría tenerla.

A – Una simple negación no tendría sentido, porque indudablemente las palabras “la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” están en la Biblia (2 Pedro 3:10). La salida de la aparente contradicción está en examinar el pasaje cuidadosamente para verificar con exactitud lo que realmente dice, y entonces ver si podemos armonizarlo con la confianza de que la oración de nuestro Señor de que se hará voluntad de Dios en la tierra algún día será un hecho realizado. No debemos olvidar que nuestro Señor Jesucristo tiene “toda potestad (poder) en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18), y si, como usted dijo hace un rato, el Señor era bueno e hizo muchas obras maravillosas en Palestina durante tres años y medio, podríamos razonablemente esperar que él haga mucho más bien cuando su reino se establezca en toda la tierra por mil años de duración.

B – Pero precisamente, es cuando el viene de nuevo que se nos dice que ha de ocurrir la destrucción de la tierra por fuego. Ciertamente, en vez de estar ansioso por su venida y su reino, como debería estarlo, la descarto de mi mente; porque no puedo soportar pensar en los terribles sufrimientos que habrá en la destrucción de toda la tierra por fuego con sus rebosantes billones de personas. ¿Usará nuestro Señor todo su poder en el cielo y en la tierra” para quemar la tierra?

A – No si yo entiendo la Biblia correctamente. Precisamente lo opuesto. Él usará todo su “poder” para informar y bendecir al género humano. Interpreto que ése es el significado de Apoc. 21:4 –“Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de ser”.

B – Entonces, ¿usted no incluiría entre las “primeras cosas” a las que han de destruir esta tierra en la que vivimos?

A – No; por la razón de que en otro pasaje se nos dice que la tierra en la que vivimos permanecerá. Isaías 45:18 dice que Dios no creó la tierra “en vano [es decir, no para que estuviera vacía o arruinada]; sino que la formó “para que fuese habitada”. Y Sal. 115:16 dice: “[Yahvéh] ha dado la tierra a los hijos de los hombres”. Que la tierra fue dada a los hijos de los hombres lo encontramos en Génesis; al hombre le fue dado dominio sobre la tierra y sobre toda la creación animal (Gén. 1:26, 28).

B – Pero, ¿no perdió el hombre ese dominio por causa de su pecado, y no fue expulsado del huerto para que muriera como transgresor?

A – Sí, así fue. Pero eso o alteró la determinación de Dios de llenar la tierra de seres humanos justos y felices. Y todo pasaje que diga que la tierra será consumida por el fuego debe ser explicable en base a lo que Dios planificó y organizó. El fracaso del hombre en Edén no trastornó el propósito de Dios de que los hombres habitaran la tierra. Más bien, Dios había establecido previsto esa desobediencia mediante un plan de enviar a su Hijo al mundo a redimir a la raza culpable. Si un obrero en una construcción no sigue las especificaciones y coloca un mueble en un lugar equivocado, No le tomaría mucho tiempo al contratista rectificar el error. Mediante su presciencia, Dios podía rectificar incluso mejor que un contratista humano, porque él podía, y lo hizo, tomar medidas por adelantado para contrarrestar la desobediencia de un hombre y todas sus consecuencias. Esto lo leemos en Rom. 5:12-19; 1 Cor. 15:3, 21; Juan 3:16).

B – Entonces, lo que necesito para ayudarme en esta coyuntura es una explicación de las palabras de Pedro referente a la destrucción de la tierra por el fuego; también lo que hemos de entender en Apoc. 21:1 por “un cielo nuevo, y una tierra nueva”. ¿Cómo lo explica usted?

A – Le prestaré un libro titulado *Bible Talks for Heart and Mind* [Conversaciones Bíblicas Para el Corazón y la Mente] para que lo lea. En él hay un capítulo sobre los pasajes que usted menciona, lo cual creo que encontrará muy satisfactorio. Después de que usted lo haya leído, me complacerá oír su opinión sobre él.

4

Consuelo Para Todos Los Que Lloran

(publicado originalmente durante la I Guerra Mundial)

“El espíritu del Señor Yahvéh está sobre mí, porque me ha ungido Yahvéh para proclamar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel;

“A proclamar el año de la voluntad [o propicio] de Yahvéh y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que lloran” (Isaías 61:1, 2).

Hoy es un tiempo en que todos buscan consuelo. Aparte de aquellos que son tan crueles como para causar sufrimiento a los demás para su propio engrandecimiento, y para engordar a expensas de la guerra, fabricantes de municiones, venta de comestibles, etc., o aquellos como delegados en ejercicio que fomentan el conflicto para su propio beneficio, la inmensa mayoría del género humano está en el presente en necesidad de consuelo. La guerra más grande de la historia ha traído dolor a cientos de millones de personas, casi toda Europa estaba en armas, al lado de las posesiones coloniales y asiáticas y aliados de los beligerantes, en total ocho grandes potencias y seis pequeñas. Además, naciones neutrales están sufriendo debido a inquietantes acuerdos comerciales y el alto costo de vida. Y, directamente afectados o no, todos con un sentimiento de humanidad están diariamente apenados por lo que han visto u oído acerca del sufrimiento de los demás. El dolor y la pena nos pesan, y el futuro nos reserva aún más dolor y sufrimiento, pérdida y muerte. ¿Dónde, entonces, podemos encontrar consuelo? ¿Dónde, un rayo de luz? ¿Dónde, una respuesta a las incontables oraciones que suben al cielo pidiendo la cesación de estas desgracias?

El verdadero consuelo se halla en la palabra de Dios, y en ningún otro lugar. La razón se debe a que la palabra de Dios es la única voz que habla con autoridad referente al *fin* del presente orden de cosas y al *establecimiento* de un nuevo orden, en el cual no habrá más sufrimiento, dolor y muerte.

El agente o representante de este esperanzador mensaje es nuestro Señor Jesucristo. De este modo, nuestro texto dice: “El Espíritu... ME HA UNGIDO para proclamar buenas nuevas a los mansos”. Fue ungido para el propósito de predicar buenas nuevas. No a todos, sino a los mansos. Y no a todos los mansos de inmediato, sino de acuerdo a un plan determinado. Él empezó predicando las buenas nuevas a los mansos entre los judíos, solamente a los cuales él fue enviado en su misión terrenal. “Hoy”, dijo él, “se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos” (Lucas 4:16-20).

Pero en ese día, nuestro Señor citó sólo hasta “a predicar el año agradable [o propicio] del Señor”. El ministerio de nuestro Señor era un período en que Yahvéh

permitió que fuera propicio. Mostró su amor enviando a su Hijo unigénito al mundo a predicar liberación y a dar su vida en rescate de muchos. Porque iba a ser sobre la base del rescate que se iba a establecer esa permanente liberación y consuelo eterno.

Desde su resurrección, nuestro Señor ha estado enviando las buenas nuevas, por todas partes, usando a sus discípulos como predicadores. Es debido a que los discípulos mismos han sido consolados que ellos pueden consolar a otros.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios e toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, con la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Cor. 1:3, 4).

A Los Que Están En Cualquier Tribulación

¿Podría algo ser más amplio, o más abarcador que eso? ¿Quién en todo el mundo está exento de “cualquier tribulación”? Incluso aquellos endurecidos ya mencionados tienen sus propias tribulaciones, porque la enfermedad y la muerte no perdona a nadie, la envidia y el rencor están siempre activos para amargar la vida de los más prósperos. El evangelio verdadero tiene consuelo para todos, si están dispuestos a ser lo suficientemente mansos para recibirlo.

Pero aquellos en cuyas tribulaciones estamos principalmente pensando en este momento son los dolientes – aquellos cuyos seres queridos se hallan sepultados en la solitaria Galípoli, en los campos y colinas de encarnizadas batallas en Francia y en otros frentes. ¿Cuál es el mensaje verdaderamente consolador referente a esos difuntos?

¡QUE ELLOS VOLVERÁN A VIVIR!

Sí, eso es consolador, pero ¿cómo, cuándo y dónde volverán a vivir? ¿Habrá alguna ventaja en que ellos regresen para pasar por la agitación de este mundo? ¿Y qué ventaja sería para nosotros, ya que nuestro fin debe llegar pronto y entonces deberíamos morir una vez más? Entretanto una pregunta que primero debe ser contestada es aquellos que recientemente fue el tema del sermón de un ministro bautista de Melbourne, Australia, titulado: “**¿Qué fue de las almas de nuestros soldados inmolados?**”

Sabemos que la vida de ellos terminó en la hora de su muerte, y por las escrituras sabemos que nuestros soldados volverán a vivir. Pero, ¿qué fue del alma de ellos entre la muerte y la resurrección? No podemos dar la respuesta del ministro bautista, pero trataremos de dar una respuesta directa de las Escrituras.

Como se usa en Gén. 2:7, “alma” significa el ser, la persona misma – “Y el hombre llegó a ser un alma viviente” (Versión Rey Santiago). Primero fue formado su cuerpo, pero en él no había vida; él empezó a vivir cuando le fue insuflado el “aliento de vida” en su nariz; empezó a respirar y todos sus órganos empezaron a funcionar; el corazón a latir, la mente a pensar, los ojos a ver, los oídos a oír, etc., etc. Cuando murió, a la edad de más de novecientos años, cesó de respirar, su corazón dejó de latir, su mente dejó de pensar, etc. La vida era animación, actividad, comprensión. La muerte era simplemente ausencia de vida, cesación de animación, de actividad y de comprensión; y pronto el cuerpo muerto regresó al polvo. Adán –el alma o ser llamado Adán—había muerto. Y, de acuerdo a las Escrituras, ése es y será su estado hasta la resurrección. Porque aunque

Adán ha cesado de vivir, no ha sido olvidado. Su identidad está preservada en la mente de Dios. Su poder para vivir regresó a Dios quien se lo había dado; y cuando nuestro Señor llame a todos los que están en los sepulcros, Adán saldrá cuando oiga su nombre.

Pero alguno puede decir: ‘Eso no es muy consolador. No me importa dónde esté Adán; lo que quiero saber es acerca de mi querido hijo’.

Sí, no hay duda de que nuestro interés se centra en nuestra propia carne y sangre. Pero lo uno no puede ser contestado sin lo otro. Para averiguar qué fue de aquellos que mueren en el presente, debemos saber qué fue de Adán, porque *—todos somos en él; todos morimos —toda la raza muere—* porque somos en él. Ésa es una gran verdad, y hay gran consuelo en ella (Rom. 5:12; 1 Cor. 15:22).

La razón de que haya consuelo en ella es porque al condenar a toda nuestra raza a la muerte por un solo hombre, Dios pudo establecer un plan según el cual todos debemos ser redimidos por otro Hombre. Adán y Eva y su raza fueron redimidos por nuestro Señor Jesucristo, quien era perfecto como Adán lo era antes de que pecara. Por lo tanto, el mayor de todo consuelo proviene del conocimiento de que nuestro Señor compró y es dueño de la raza humana, y que el ministerio del consuelo que duró tres años y medio en Palestina y que ha continuado hasta nuestro siglo, aún no ha terminado (Rom. 14:9; 8:19-23). Nuestro Señor fue ungido no sólo para ser un predicar de consuelo, sino un Rey y Sacerdote para establecer a escala mundial grandes medidas prácticas de consuelo. Las portentosas organizaciones que han creado las naciones para propósitos de destrucción no serán nada en comparación con la poderosa organización que el Señor está preparando para dar consuelo a todas las naciones. Él establecerá su reino con poder y autoridad en la tierra, y hará que todos los seres humanos sean instruidos en las reglas y normas del reino. Se les mostrará su estado pecaminoso y se les dará una oportunidad de arrepentirse y creer en el evangelio.

Y las almas de nuestros soldados estarán allí para recibir esa instrucción ¡y disfrutar de esa oportunidad!

Es decir, como el alma es el ser o la persona, los soldados mismos serán despertados del estado de la muerte y se les facultará para que vuelvan a vivir. Cuando vuelvan a vivir, la animación, actividad y comprensión que habían cesado al morir, empezarán de nuevo; podrán oír, ver y pensar, y si son prudentes también vivirán en conformidad con las leyes del nuevo reino. ¿No son esas noticias consoladoras? Ciertamente lo son.

Algunos podrían pensar que esto es menos consolador que la enseñanza aceptada en general de que al morir todas las almas van directamente a su recompensa, ya sea a un cielo de dicha o a un lugar de tormento eterno. A eso replicamos que cualquiera que pueda consolarse con el pensamiento de que tres cuartos de la humanidad están en camino a una eternidad de torturas, y que la inmensa mayoría de los muertos ya están allí, no armoniza con las BUENAS nuevas que Jesús fue ungido para predicar. Nuestro Señor no se complacía con las desgracias de la gente, y no amenazó a nadie con una eternidad de torturas. Todas las parábolas y otras expresiones que parecen enseñar una desgracia eterna realmente enseñan en armonía con las claras declaraciones de las Escrituras, es decir, que los muertos esperan la resurrección, y que en la resurrección ellos saldrán del sepulcro para ser bendecidos e instruidos.

Para un examen de todas las referencias a “infierno”, “*sheol*”, “*hades*”, “*gehenna*”, etc. Sírvase ver el libro “Everlasting Punishment” [Castigo Eterno], por ahora sólo en inglés. En este libro se encuentra prueba de que el castigo por el pecado es justo, y en proporción al grado de los contra la cual pecaron.

Cuando nuestro Señor estaba en la tierra, empezó a cumplir la predicción del profeta: “La caña cascada no quebrará, y el pabito que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio. Y en su nombre esperarán los gentiles” (Mateo 12:20, 21; Isaías 42:1-4). Un jardinero no derriba una planta dañada sin un intento por sanarla. Aquellos que han visto los hermosos bulevares y alamedas de su país donde la copa de los árboles se juntan en lo alto proyectando una refrescante sombra en el día más caluroso del verano, saben el valor de los árboles. Un árbol dañado es atendido con mucho esmero para salvarle la vida a fin de que la hermosa avenida se mantenga intacta. La mecha de una lámpara, ¿quién la apagaría, o la lanzaría lejos? ¿No se le recortaría dejándola apta para que siga alumbrando brillantemente, como debería ser? Ése es el espíritu del amoroso cuidado con el cual fue ungido el Señor Jesús, lo que el mostró en su ministerio terrenal, y que ahora manifiesta a aquellos que le sirven y obedecer, y *lo cual demostrará en sus tratos con los muertos cuando resuciten.*

¿Hay Dos Caminos de Salvación?

La probación no está limitada a esta vida, excepto en el caso de aquellos que han experimentado la luz y otros beneficios descritos en Heb. 6:1-8, 10:26. De ahí que no es necesario buscar dos o tres diferentes caminos de salvación, o aplicar la creencia mahometana (que cada mahometano que muere en batalla va directo al Paraíso) a nuestros soldados muertos y dicen que morir en el campo de batalla les da derecho a ir al cielo. La salvación es por fe en el Señor Jesús, acompañado del arrepentimiento y abandono de malos hábitos. Decir que el simple hecho de morir en la batalla convierte en santo a una persona disoluta y le da derecho de ir al cielo, es negar la enseñanza de las Escrituras sobre el modo de salvación que Dios ha establecido, y sustituirlo por una teoría humana. Nuestros sentimientos humanos y nuestros mejores deseos por los heroicos muertos están plenamente gratificados cuando aprendemos acerca del sistema de Dios y lo aceptamos. Ellos no serán condenados duramente por sus faltas, ni tampoco aquellos que mueren en el mar o pacíficamente en su cama. Porque la voluntad de Dios es que todos los hombres sean preservados y lleguen a un conocimiento exacto de la verdad. Si no han tenido ese conocimiento exacto en esta vida, lo recibirán en la siguiente. En aquel día la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Dios tal como las aguas cubren el mar, y todas las naciones tendrán la oportunidad en andar en la luz que entonces alumbrará (1 Tim. 2:4-6; Hab. 2:14; Apoc. 21:4, 23, 24).

¿No Ha de Hacer el Juez lo Justo?

El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?, es a menudo citado por aquellos que no entienden el plan de Dios, y no obstante esperan que él tenga algo bueno para sus seres queridos que mueren sin haber hecho una confesión de Cristo. Fue Abraham quien usó este texto por primera vez cuando suplicaba al ángel para evitar la destrucción de Sodoma con todos sus habitantes, y se le ha usado desde entonces (Gén. 18:25). Hay una sola respuesta, y ésta es que ciertamente, el Juez de toda la tierra hará lo que es justo. Pero, ¿por qué detenerse en un mínimo de consuelo dado por semejante declaración general de la justicia y bondad de Dios, cuando el Señor nos invita a

estudiar su palabra y aprender exactamente cuáles son sus misericordiosos propósitos, y de este modo recibir una abundancia de consuelo?

Y no dejemos que ninguna gran guerra perturbe la confianza de que hay un Dios, y que él tiene todos los problemas en sus manos. El género humano debe aprender ciertas lecciones, y estas guerras enseñan la impotencia del hombre para gobernar al mundo como debería ser gobernado. El efecto debería ser volverlos a Dios y hacer que queden a la espera del tiempo cuando él gobernará al mundo en justicia. Porque el Señor Jesús ni fallará ni se desanimará hasta que haya establecido la justicia y la verdad en la tierra. Entonces él hablará de paz a las naciones, y ellos transformarán sus 75, sus morteros de trincheras y sus zepelines en rejas de arado y hoces (Isaías 42:4-7; Zac. 9:10; Isaías 2:1-4). Estos pasajes han tenido cierta medida de cumplimiento durante el presente siglo; y esperan su más amplio y completo cumplimiento en la era del reino, porque:

“Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con equidad” (Sal. 98:9; 96:13).

“El lobo y el cordero pacerán juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, ha dicho Yahvéh” (Isaías 65:25).

Hasta entonces, no lloremos por los muertos como aquellos que no tienen esperanza. Cuando contemplamos a un niño pequeño durmiendo plácidamente, sabemos que le faltan algunas de las cosas buenas, pero también sabemos que está protegido de tormentas y tribulaciones a su alrededor. Así que consideremos a nuestros seres queridos fallecidos a salvo bajo la custodia del Señor y listos para que sean despertados en la mañana.

E. C. y R. R. Hennings